

LA BELLEZA DE LA QUINTRALA

Entre las diversas clases de bellezas, la primera, la más importante e inmediata, a manera de cédula personal y a la vista, es la física. Personas hay que guían sus apreciaciones respecto de los caracteres humanos por el aspecto de las cabezas. El obispo de Santiago, contemporáneo de la Quintrala, don Gaspar de Villarroel, fué requerido por el historiador de la Orden de los Agustinos en Lima, Padre Bernardo de Torres, para que le diera datos de su vida. El obispo Villarroel dijo así: "Nací en Quito en una casa pobre, sin tener mi madre un pañal en que envolverme, porque se había ido a España mi padre. Dicen que era yo entonces muy bonito, y a título de esto, me criaron con poco castigo".

El extracto que tomo de lo escrito por un religioso de tanta reflexión y experiencia como Villarroel, contiene pasta como para fabricar abundantes caldos históricos. Primero, lo de bonito y después la huida del padre para no regresar nunca, ni dar noticias; a estos padres se los traga la tierra, y su frecuencia es un importante factor social americano. Es el mismo de la vida de Gabriela Mistral, para citar otra celebridad. Español el padre de Villarroel. Se casaban por necesidad, con indias; más tarde se arrepentían, o anulaban sus matrimonios americanos (que ya se dieron casos en la Conquista), y se marchaban a España como nuevos. El niño bonito es otro punto que nada tiene que ver con éste. El niño bonito es la obra maestra de la madre; en América mucho más si es rubio y de ojos claros. En el niño bonito todas las reacciones serán diferentes o su género. Hay personas "como los burritos", lindas en la niñez y feas en la madurez. El caso es más corriente en nuestra América por efecto del clima devorador del europeo. Las personas, en los dos sexos, cuando pierden la belleza natal suelen manifestar su despecho en formas diversas, siempre violentas, así sean internas y disimuladas, o exteriores y visibles. Las mujeres ricas, que fueron bonitas y aduladas, cuando dejan de ser bonitas se resisten a creer que se trata de algo fatal, inevitable y personal; antes al contrario pretenden que la sociedad entera es víctima de un desastre. Según ellas, todo se ha vuelto feo: las costumbres, la sociedad, la educación y el Gobierno; recuerdan sin cesar sus tiempos dichosos, sus antiguas amistades y las buenas maneras de los hombres de su juventud, comparándolas con la grosería del presente, y achacan la indiferencia o frigididad sexual de los hombres modernos para con ellas, a la decadencia general. Estas damas, agriadas y agresivas, descargan de preferencia sus iras en las personas más jóvenes y de aspecto feliz. Finalmente se recluyen en sus aposentos o se enclaustran. Es el caso de la célebre condesa de Castiglione, bella intrigante política y espía del Segundo Imperio, que al final de su vida se cubrió el rostro con un velo espeso de musulmana para que nadie pudiera verla nunca más, y así paseaba como un fantasma del Imperio por la calle que hoy lleva su nombre. Trescientos años antes que la Castiglione, una chilena política y severa como ella, huía de Santiago a sus cerros de la Ligua, cubierta con el antifaz de sus anteojos para que nadie la importunara, lejos de las miradas lancinantes y burlescas. El descontento del físico personal es una enfermedad de los cerebrales, tanto en las mujeres como en los hombres.

Pierre Loti cuenta que para la celebración del matrimonio de una de sus hermanas le pusieron un traje de pajecillo, con cuello de encaje, y en el trayecto escuchó que decían: "Il est gentil". "Nunca pude olvidar esta frase de elogio —dice Loti—, por cuanto yo no soy mi tipo. No me gustó nada, y uno de mis mayores deseos consistiría en cambiar de físico." Lo peor en estos artistas como Pierre Loti consiste en que el aspecto corporal decae casi siempre en la proporción contraria al encumbramiento espiritual. La lucha para equilibrar al cuerpo con el espíritu es grotesca, y de ello emanan no pocas desgracias. Loti era pequeño, de pie breve y de aspecto extraordinariamente vulgar. A veces una fealdad de Quasimodo, diabólica y capaz para asustar a los niños, vale más que una figura vulgar e inofensiva. Todos hemos conocido hazafías de ciertos chiquitos feos de irresistible gancho para las mujeres.

La literatura o vida interior de Loti es como un anhelo profundo de ser otro, y no él mismo. Ante todo deseó volverse turco, algo así como sultán quimérico. En su casa se hizo arreglar una mezquita para dormir y soñar en ella. Pero no tuvo nunca la majestad de un turco. Entre mis libros hay uno

de Francis Jammes, que cuenta cómo vio a Loti. Leamos: "Tenía Loti más o menos 45 años. Es la única vez que le vi. Su imagen vive en mis recuerdos. Fué en vísperas de una fiesta que daban en honor de Natalia de Serbia y de su hijo Alejandro. Loti dió orden de que le llevaran a su cuarto un vaso de leche pura y un huevo crudo. En seguida subió para mudar de ropa; cuando bajó a las diez había reemplazado el traje gris por el uniforme de marino, tan constelado de cruces y de medallas que sobrepasaba el ridículo. Parecía uno de esos guerreros japoneses cantados por los parnasianos; un crustáceo incrustado con piedras preciosas. Su nariz se proyectaba entre los pómulos pintados y en sus ojos redondos un abismo se abría en quién sabe cuál negra noche. Esos ojos reflejaban la compasión y el recelo, y hacían olvidar el maquillaje. Con el cuello tieso caminaba lentamente, encima de sus tacones elevados, mecánico y solemne. Al día siguiente, antes de retirarse, lamentó que en Francia no pudiera vestirse de beduino como tenía costumbre de hacerlo en el desierto de Sahara". La verdad: esos hombres chiquitos producen pena solamente cuando disfrazan su pequeñez. Otra parte de la genialidad de Napoleón consistió en que nunca tuvo miedo de ser chico. El poeta Heine estuvo presente cuando las tropas francesas ocuparon Dusseldorf, con Napoleón al frente montado en Marengo. Llevaba un pito colgado del cuello. Le hubiera bastado silbar para que todos los príncipes de Prusia y los magnates gigantescos de Alemania le hubieran entregado sus castillos.

Hemos sacado expresamente entre las figuras del Gremlin de la memoria este grupo, con la intención de poner en medio un retrato imaginario de la Quintrala. Es imprudente dar crédito a las reconstituciones históricas, y lo más valioso en dichos casos es el autor, a causa de su poder intuitivo, sus estudios de la materia, la hondura de su reflexión y la experiencia. ¿Cómo era físicamente la Quintrala? Mi parecer me dice que era fea, pequeña y finalmente antipática, lo cual no implica que yo desprecie las tesis contrarias. El "retrato" de la Quintrala, publicado en "El Mercurio" de octubre de 1942, y que dicen fué encontrado en la chacra de Tobaraba, además de haber sido ignorado por la modelo, esto es, por la propia Quintrala, muy minuciosa en sus inventarios, carece de veracidad en el indumento y en el peinado, y nada hay que abone la seriedad histórica del hallazgo. Esta ausencia de datos directos nos constriñe al descubrimiento de los caracteres físicos de nuestra Catalina mediante métodos que nos recuerdan al del célebre astrónomo Le Verrier, en su acierto respecto de la existencia y posición del planeta Neptuno. (Citado en otros capítulos). En pocas partes de la tierra las personas se observan unas a otras tanto como en nuestra América. La observación de unos a otros peca de objetiva.

Por lo mismo es extraño que nadie fijara en su retina la belleza de doña Catalina de los Ríos (Quintrala). No hay mención de ella, y sorprende, por cuanto las mujeres bonitas, lejos de caer en los osarios del olvido, dejan en las generaciones contemporáneas un

perfume agradable que se transmite a las herederas, y es el agradecimiento de muchos ojos que se complacieron en su contemplación. Antes que por otros detalles diferenciadores, la historia califica a las mujeres por su aspecto físico. Sabemos así que eran bonitas Helena, Friné, Aspasia, Cleopatra, Beatrice d'Este, La Fornarina, Ninon de Lenclos y madame Recamier. El tiempo de nuestra infancia se prodigó en bellezas femeninas algo más aparatosas que las de ahora; los cuerpos bien alimentados y con tendencias a la inflación prestigiaban los vestidos que traían de París las hormigas de la moda con nombres tan evocadores como Georgette; nosotros admirábamos las bellezas de entonces, con fanatismo respetuoso, y corriamos para verlas pasar con sus esponjadas y frufutantes campanas de rasos y de encajes. Vestido que no sonaba no valía. No pronunciábamos sus nombres para no envejecerlas, aunque los retenemos, y es raro, por lo mismo, que ningún historiador haya dicho la palabra bella o siquiera bonita en tratándose de tan principal mujer como la Quintrala. Las mujeres feas son más hacendosas que las bonitas, y eso sí distinguió a la Quintrala: el espíritu adquisitivo, administrador y severo. Las mujeres feas cuidan su hacienda, que es su fuerza. Las bonitas agradecen que uno alabe lo que menos tienen: orden y poder creador. El carácter de las bonitas es apacible, o contento; las feas suelen agriarse. De los Estados Unidos trajeron la noticia de un sistema novísimo para regenerar a cierta clase de malvados incorregibles y con defectos físicos humillantes. El sistema consiste en hacer con ellos experimentos de cirugía facial para embellecerles. Parecido es el sistema de "componer" las caras de las locas en los manicomios mediante cuidadosos maquillajes, y en seguida ponerlas de manera sorprendente frente a buenos espejos. La inquietud vengativa y la estrictez casera de la Quintrala no son propias de las bonitas; se torturaba demasiado, y por lo mismo ardía en inquietudes matadoras. Es entretenida como un incendio. Su llamarada alegraron la crueldad caída de la Conquista. En cierta ocasión afirmé lo mismo que estoy diciendo: era fea. Las personas mal informadas, que siempre están al acecho, replicaron: "Era preciosa: los hombres se morían por ella". Quiero que un estudioso, con la historia en las manos, me pruebe una sola ocasión en que a la Quintrala no le haya ocurrido todo lo contrario, esto es, ir tras de los hombres que no la querían a ella, sino a otras. El drama finca en eso precisamente: en la persecución por ella de hombres jóvenes y blancos, gobernadores, hijos de gobernadores o capitanes. Era chilena de cuatro generaciones, con un tronco maternal indio, y por eso buscó desesperadamente la manera de perpetuar la parte blanca de su sangre. Finalmente fondeó en un hombre viejo, apocado y con hijos naturales. Matrimonio de raison, de intereses. Campo-frió fué un justificativo de su nombre.

Pequeña y tal vez gruesa. ¿Por qué razones? El apeadero en la puerta y el piso de plata para encaramarse en el caballo. La sangre india trae piernas cortas y rolli-